

con tratar de *traidor, inepto ó cobarde* al general que ha tenido la desgracia de esponerse á la crítica de tales jueces. Pero no es tan solo una calificación aventurada la que en ellos se nota, la calumnia tambien y el designio con que la inventan. ¿Desconocen acaso la clase de elementos con que me ví precisado á combatir, y las ventajas de los contrarios? El sentido comun ó una sana intencion bastaria para confesar llanamente, que á lo ménos llené mi deber en medio de dificultades tantas, y agravadas con la escandalosa rebelion aparecida en la capital de la República para volcar la autoridad suprema, y hundirnos en la anarquía. Todavía puedo decir mas: que el triunfo de la Angostura habria sido completo, si durante la accion no se desertan mas de cuatro mil hombres de esos *forzados* de que he hecho mencion, que con pretexto de buscar agua, cargar heridos &c., y á favor de la escabrosidad del terreno, fueron desapareciendo sin poderse evitar, cuya ocurrencia, por deshonrosa al pais, quise ocultar á los estraños en aciagos momentos. Espero, sin embargo, que venga tiempo en que consideradas las circunstancias de que me he visto rodeado, si no se me concede alguna gloria por aquella batalla, no dará materia para que se me reproche y sea uno de los puntos de que pueda acusárseme.

No debo terminar este punto, sin reclamar otra calumnia que se ha propagado contra mí, no ménos injuriosa que las anteriores, á saber: *la del abandono en que quedaron muchos heridos, confiados á la clemencia de los invasores, no obstante sus súplicas, que traspasaban los corazones del mas agudo dolor.* Falso, falsísimo es que haya habido ese decantado abandono de mi parte. Al levantar el campo de la Angostura, ordené, y con repeti-

cion recomendé, la conduccion de todos los heridos: á mi llegada á la hacienda de Agua Nueva dispuse el establecimiento de un hospital de sangre para aquellos que no pudieran moverse á la hora de la marcha sin riesgo de sus vidas: la traslacion de los demas se verificó al mismo tiempo que la retirada del ejército, empleando en esta operacion una parte considerable de la fuerza que me quedaba. Si uno ú otro herido abandonado quedó en el campo de batalla, seria porque no pudo acertarse con el lugar en que se hallaba en un terreno sumamente quebrado. El hospital de Agua Nueva quedó establecido en términos que fuera respetado por el enemigo, conforme al derecho publico de guerra, adoptado entre las naciones civilizadas, y si por esto se quiere decir que nuestros heridos fueron confiados á la clemencia de los invasores, no disputaré sobre los nombres con tal que se respete la verdad.

Ni conocimientos de las localidades, ni los mas interesantes todavia de las circunstancias en que nos hemos hallado, ha manifestado el Sr. Gamboa al culparme del abandono en que dice dejó á Tampico y los pasos de la Sierra por donde el enemigo se dirigió á la capital de Tamaulipas, de suerte que por solo hacinar cargos, ha podido tocar esa materia. Debí saber antes de criticar mi conducta militar, que nunca es prudente diseminar un ejército en una inmensa estension de territorio, y con mas razon cuando se compone de hombres inmorales y *forzados*, que acechan la mejor ocasion para desertarse, llevándose las armas, como sucedió en la Angostura; porque el general que lo haga, se espone á ser batido en detail por un enemigo diestro: que San Luis Potosí dista de Tampico mas de ciento setenta leguas de malísimo camino, y mediando grandes distancias á los pasos de la

Sierra, no hubiera sido posible cubrir debidamente con las fuerzas que organizaba, tantos y tan lejanos puntos; además de las del camino del Saltillo, que demandaban toda atención; y por último, debió saber: que en ese tiempo, no solo me rodeaban las dificultades insinuadas, sino que tenía que sofocar los síntomas de revolución que comenzaban á manifestarse en el ejército, por las maniobras de los revolucionarios de México, cuyos afectos pude frustrar con oportunas providencias contra los que intentaban propagar la asociación que se estaba formando en San Luis bajo el nombre del *Cometa Rojo*. ¿Y qué escusa podría yo dar, si contra las reglas del arte y con soldados improvisados de la clase indicada, pretendo defender todos los pasos de la Sierra, y por esto hubiera resultado una derrota, la dispersion de aquel ejército ó algún trastorno en el orden interior? Esto convencerá á los más renuentes, de que si no se ha hecho todo lo que ha querido mi acusador, no ha dependido de mí, sino de los pocos recursos de que he podido disponer para dar lleno á las vastas atenciones de la guerra, y á las que en el interior hacían nacer los que han trabajado tanto desde 1844 para la ruina de la República.

Con respecto á la desocupación de Tampico, desearía que el Sr. Gamboa estuviera también mejor impuesto de las causas que la determinaron, para que no se espusiera á que se juzgue mal de sus intenciones, ó se crea que habla de memoria. ¿Sabe que en esa plaza la guarnición no escedía de ochocientos hombres, y que de éstos se hallaban muchos enfermos? ¿Sabe que no existían elementos ni para una regular defensa, y que con este conocimiento precisar á pelear á una débil guarnición, contra un poderoso enemigo, además de impericia sería

inhumano? ¿Sabe que aquella sufrida guarnición se encontraba casi abandonada del gobierno mucho ántes de mi llegada á San Luis Potosí, y que sin dinero y sin almacenes, con el puerto bloqueado, no podía subsistir? ¿Sabe el estado que guardaban las fortificaciones de la plaza, y los preparativos de los invasores para atacarla por mar y tierra? ¿Y sabe, en fin, que era materialmente imposible auxiliarla del cuartel general con cuanto sus necesidades demandaban, por la inmensa distancia que mediaba, por los fatales caminos, y sobre todo, porque se carecía de dinero, de provisiones de boca y guerra, y de tropas espertas y aun de tiempo, pues era seguro que ántes del auxilio, el enemigo tomaría posesión de la plaza con sacrificio de la guarnición? Creo que todo esto estaría oculto á la penetración de mi acusador, porque á saberlo, habría tenido que convenir en que la desocupación de Tampico fué una necesidad indispensable, una medida oportunamente dictada, que salvó la guarnición y los materiales que existían, á la vez que privó á los americanos de ostentar otro triunfo, según está comprobado con los sucesos posteriores. Podrá juzgarse racionalmente, que Tampico con sus miserables elementos podía sostenerse contra los ataques de los invasores, cuando se ha visto que las importantes plazas de Ulúa y Veracruz, perfectamente artilladas, con provisiones y guarniciones más respetables sucumbieron en pocos días? (7) Ahora, si el general Parrodi cometió algunas faltas al verificar la desocupación de Tampico, sobre ellas se formó la correspondiente sumaria, y en vista de no haber resultado ningún grave cargo que hacerle, porque hizo constar el estado de inutilidad en que se hallaba el armamento que arrojó al río, y que no tuvo medios para trasportarlo, dispuse que se sobreesyera en ella, sin perjuicio de lo qu

tuviera á bien resolver el supremo gobierno, y que marchara á la campaña segun lo pedia.

Preocupado el Sr. Gamboa con la opinion que de mí tiene formada, ve todas las cosas por el prisma que él mismo ha inventado, y sin hacerse cargo de las causas que me impulsaron á salir de San Luis Potosí, se le ha hecho *sospechoso* que yo hubiera emprendido ese movimiento casi al mismo tiempo que el general Scott desembarcaba en la costa de Veracruz, por lo cual ahora es de parecer *que yo debí dejar abandonado el Norte, aunque el general Taylor avanzara por aquella parte, y marchar con el ejército, atravesando la República, para oponerme al nuevo general, que nos invadia por el Oriente.* Solo el que no tenga ni un ápice de juicio, puede proponer ese proyecto, que si yo hubiera puesto en obra, sin previas órdenes del supremo gobierno, me habria hecho responsable de los malos resultados que hubiera producido, y entónces se habria dado motivo á las calificaciones deshonrosas que despues se me han prodigado. Primeramente, es necesario recordar, que yo fuí nombrado general en jefe del ejército del Norte, y no generalísimo, para que hubiera podido disponer de todas las fuerzas de la República, y organizado la defensa de una á otra de sus estremidades. En segundo lugar, no es esacto que el general Scott se presentara en Veracruz cuando yo marché á la Angostura, y mas bien la noticia que entónces corria, era *que se pensaba hacer en Tampico una reunion considerable de fuerzas, para dirigirse á San Luis Potosí, y ocupada esta ciudad, seguir á la capital.* Y últimamente, ¿quién podia esigirme, con razon, que estuviera presente por cualquier extremo que apareciese el enemigo? ¿Un ejército solo con la fuerza del de mi mando, y mal provisto, pudiera acaso defender un

pais tan estenso? ¿No estaban ya dadas las disposiciones necesarias para la defensa de Veracruz? ¿No dispuso el gobierno que se reuniera en Jalapa, ó el Puente Nacional, una division que protejiese aquella plaza? ¿No es cierto que la asonada de México frustró esa determinacion? Hechos son éstos que han pasado á la vista de todos, y nadie habrá que tenga la temeridad de negarlos. ¿Luego por qué se me imputan los delitos ajenos, y se quiere que yo atendiera á los errores que se cometian á mas de doscientas leguas de distancia del punto de mi residencia? Y con todo, aunque á esto no me hallaba obligado de ninguna manera, cuando supe la revolucion de la capital, y fui escitado por la mayoría del congreso general, me puse en marcha con toda violencia, é hice á la nacion el servicio de aquietar á los partidos que en aquéllos criticos momentos se batian con las armas desesperadamente, presentando al mundo ese escándalo mas. Restablecida apenas la calma, ocurrió la pérdida de las primeras plazas de la República, quedando por el Oriente abiertas las puertas á los americanos. Volé entónces al Estado de Veracruz, con la esperanza de reunir fuerzas en el camino, y disputar el paso al general Scott hasta donde me fuera posible, quien engreido con su triunfo, se preparaba á internarse. Para esta empresa *el gobierno nada tenia preparado*, y no era fácil improvisarla faltando los materiales; pero animado del celo con que he procurado servir á mi patria en cualquiera circunstancia, no dudé en pelear con tantas desventajas. Por el Norte poco habia entónces que temer, por haber inutilizado el general Taylor para moverse.

Visto ya todo lo relativo á mi residencia en San Luis Potosí, y á la batalla de la Angostura, con todos los pormenores que se le han agregado, me ocuparé ahora de la

accion de Cerro-Gordo, cuya pérdida ha escagerado el Sr. Gamboa, por no tomarse el trabajo de indagar cuáles fueron las causas positivas que dieron ese resultado, ni hacer caso de los partes oficiales que las esplican.

Un punto ventajoso por la naturaleza necesita de la ayuda del arte para ser verdaderamente fuerte; y aun así es inútil, si sus defensores carecen de inteligencia, valor y decision. El de Cerro-Gordo se encontraba abandonado y cubierto de maleza, al presentarme para preparar su defensa: carecia de agua, y dispuse luego llevarla del Encero por una cañería de tres leguas, segun se efectuó. Ni peones ni herramientas habia, y providencié que de mi hacienda y pueblos inmediatos se atendiera á esta necesidad como se pudiera. Escaseaba el dinero, y establecí una proveduría, dando mi responsiva á D. Bernardo Sayago, comerciante de Jalapa, por los efectos que remitiera. Faltaban carnes, y doné mis ganados, que conducian mis propios sirvientes. Todo procuré allanarlo, todo lo puse en movimiento, nada omití al intento de contener al invasor y castigar su osadía; mas sabedor seguramente de mis esfuerzos é intenciones, se apresuró á interrumpir mis trabajos á los diez dias de comenzados. Quedaron por esto las obras incompletas, el terreno sin despejar, y accesibles al asalto las posiciones, adonde aquel debió encontrar obstáculos, resistencia y la muerte. Quince dias mas habrian bastado para mi intento. Digan los que presenciaron mis disposiciones y mis afanes, y los que vieron los trabajos ejecutados, si con los elementos de que pude disponer, cabia en la posibilidad humana hacer mas. ¿Puede culpárseme, con algun viso de razon, porque el tiempo angustiado no me permitiera proveer á todas las necesidades de Cerro-Gordo? Si mi acusador se limitara á

calificar mi intentona de imprudente ó temeraria, á decir que el deseo de gloria ó un celo escaltado me habia inducido á tal empresa, yo callaria; pero no: se empeña en persuadir que son mias las faltas de los funcionarios que descuidaron la fortificacion en tiempo oportuno de una garganta tan importante, para amontonar cargos sobre mí, que el honor y la inocencia rechazan. No he solicitado encomios, ni los espero en esta infeliz época, por un servicio que quise prestar de buena voluntad á la patria en su mayor conflicto; mas tampoco toleraré impasible que él sirva de pretesto al encono, para degradantes é injustas inculpaciones.

Las fuerzas que logré reunir y emplear en la defensa improvisada de Cerro-Gordo, no pasaron de seis mil infantes, y de mil y quinientos caballos. En los primeros incluyo los batallones 3.º, 4.º y 11.º de Ífnea, y el 1.º, 2.º, 3.º y 4.º ligeros, procedentes de la Angostura: una mitad de los infantes pertenecía á la Guardia Nacional de los Estados de Veracruz y Puebla y del Distrito de México: éstos carecian de instruccion, de buenas armas y de equipo. No comprendo en el número total los mil hombres que de la ciudad de Puebla llevó á sus órdenes el general D. Manuel Arteaga, porque se incorporaron en los momentos de decidirse la accion, y puede asegurarse que no tomaron parte en ella.

Compárense ahora mis elementos con los del general Scott, y dígase francamente por quién estaban todas las ventajas. Yo ocupaba varias alturas, fortificadas malamente unas, sin fortificar otras que defendian veteranos estropeados, rendidos de cansancio por haber caminado trescientas leguas, y milicianos que dejaron los talleres, el arado y la lanzadera para tomar las armas. Mis cañones se encontraban mal dotados, y parte de ellos sin

colocacion por la falta de esplanadas y atrincheramientos en que debieron situarse. El general Scott mandaba un ejército de catorce mil hombres: la diferencia de posiciones le compensaban demasidamente el número y la calidad de su tropa: su artillería en todo manifestaba superioridad á la mia: tenia abundancia de proyectiles de todas clases, y en mi campo se carecia de ellos en lo absoluto: sus cartuchos de fusil portaban sobre la bala tres postas reales, con que en pocos momentos de fuego me ponian fuera de combate á muchos hombres: su gran tren de carros conducia cuanto su tropa podia necesitar para vivir cómoda y pelear con ventaja; ademas, él marchaba con el entusiasmo de la victoria, que infundia á nuestros bisoños soldados desmayo y desaliento, oyendo á los tímidos pintar como invencibles á los que habian rendido las plazas mas fuertes de la República, cuando encerraban dentro de sus muros casi tantos defensores como los que se presentaban á resistirlos en Cerro-Gordo. ¿Que tiene, pues, de extraño el triunfo de este enemigo? Lo contrario, si, habria sido sorprendente é indudablemente heróico.

Esta resistencia habria comenzado desde el Puente Nacional, si no me hubiera encontrado con las fortificaciones desechas, los cañones clavados y embarrancados, el parque destruido, y abandonado el punto por los cuerpos de la Guardia Nacional que lo cubrian, y desertaron luego que ocurrió la pérdida de Veracruz, segun me participó el Esmo. Sr. general de division D. Valentin Canalizo á mi llegada al Encero.

En momentos tan perentorios, cuando el honor de la nacion demandaba pelear, consideré la defensa de Cerro-Gordo de absoluta necesidad, aunque no tuviera certeza del buen éscito, á lo ménos para convencer al invasor de

que no se internaria con facilidad, pues necesariamente sufriria pérdidas, que repitiéndose en otros encuentros, pronto quedaria reducido á nulidad, ó á la nada, si la fortuna nos era propicia. Por otra parte, si yo no disputaba el paso de Cerro-Gordo, los que estaban á caza de pretestos para deturpar mi nombre, en lugar de atribuirlo á un principio de prudencia, ó á los inconvenientes que se presentaban, comentarían á su modo esta conducta, y hoy apareceria horriblemente pintada en la acusacion del Sr. Gamboa.

Se ha divulgado que la derrota de Cerro-Gordo fué originada *de que menosprecié las indicaciones de algunos gefes para que se atendiese á nuestro flanco izquierdo; de que tampoco hice aprecio de los avisos que se me dieron de la tala que en el monte estaba haciendo el enemigo, y de que la caballería se colocó de modo que no pudo obrar en la batalla.* Para hacer tales aserciones, se necesita, ó una impostura descarada, ó una total ignorancia de los acontecimientos que allí tuvieron lugar. Ni nuestro flanco izquierdo estuvo desatendido, ni se me hicieron las indicaciones que se citan. Con respecto á la colocacion de la caballería, no sé si mi acusador tendrá conocimiento del terreno; pero si no lo tuviere, debe saber, que allí no se le podia hacer obrar debidamente, porque solo el camino está despejado, y los lados están cubiertos de bosques mas ó menos espesos; por lo mismo quedó colocada en donde podia serlo, únicamente para apoyar la batería de nuestra izquierda, que adelante mencionaré, cubrir la retaguardia y proteger, en un caso fortuito, la retirada. Costumbre ha sido de los que abandonan anticipadamente el campo de batalla, despararrar especies con que creen cubrir la afrenta que los sigue, y tales casos se han repetido con exceso en esta

campana, como es bien sabido, seguramente por la impunidad en que quedaban esos miserables, que tanto han contribuido con su charla é invenciones al desaliento de los pueblos, que inadvertidamente los escuchaban. Ya he manifestado que no tuve ni tiempo ni medios suficientes para despejar, atrincherar, artillar y cubrir debidamente tantos puntos cuantos era menester defender, y que fué preciso pelear en algunos de ellos á cuerpo descubierto, con la incomodidad de los arbustos, que al enemigo sirvieron admirablemente para aprocsimarse sin ser visto ni perjudicado de nuestros fuegos. No obstante tantos inconvenientes, obrando únicamente por las inspiraciones de mi propio deber, dispuse la víspera de la batalla, despues de la función de armas que tuvo lugar este dia, que al cerro del Telégrafo se subieran y colocaran nuestras piezas de mayor calibre, y que reunidos en él los peones y herramientas que hubiera, se trabajara sin cesar en los atrincheramientos designados, lo que se verificó aun en la noche y en los momentos del combate. En la madrugada yo mismo establecí una batería de cinco piezas en un cerro pequeño que se halla á la orilla izquierda del camino principal, y en línea paralela con el del Telégrafo, calculando puntualmente que por allí podíamos ser flanqueados: ella estuvo sostenida al principio por el 11.º batallon, á las órdenes del Sr. general graduado D. Francisco Perez, y por la division de caballería al mando del Escmo. Sr. D. Valentin Canalizo, que se conservó formada en la calzada del camino: el frente de esta batería estaba algo despejado, y aunque con incomodidad, la caballería podia obrar en un caso preciso: por esto previne á S. E. el general Canalizo que, *si se presentaba el enemigo por aquellos claros, procurara hostilizarlo de la manera posible, para darle protec-*

*cion á nuestra batería.* El invasor comenzó por atacar el cerro del Telégrafo, del que fué rechazado el dia anterior, y observándolo atentamente, pude ver un peloton de tropa nuestra que bajaba en retirada: me dirigí á su encuentro, y me cercioré que pertenecia á los batallones 3.º y 4.º de línea, y que venia con ella el Sr. general graduado D. José Uruga, segundo comandante del punto: sorprendido de tal ocurrencia, me limité á prevenirle, *que regresara al instante á desempeñar sus deberes, y á mis ayudantes, que con espada en mano contuvieran á la tropa y la volvieran á sus puestos.* Juzgué necesario reforzar aquella interesante posicion, é hice marchar prontamente á los batallones 3.º y 4.º ligeros que estaban en reserva; en seguida al de Granaderos de la Guardia, y últimamente, no teniendo disponible otra fuerza, al 11.º de línea, pues el enemigo redoblaba sus esfuerzos para ocuparla. Este cuerpo iba á la medianía del cerro, cuando lo ví envuelto por los que de arriba se precipitaban huyendo, habiendo acontecido lo mismo á los Granaderos de la Guardia. En esta sazón, el Sr. general D. Manuel Arteaga se me presentó con las fuerzas que conducia de Puebla, á quien apenas tuve lugar de ordenarle *que se colocara en el cerro pequeño de nuestra izquierda y sostuviera aquella batería,* considerándola en peligro; mas al llegar este gefe al punto que le señalé, la caballería, haciendo un amago de carga á una columna enemiga que se aprocsimaba, *se marchó en retirada* por el camino principal, y el refuerzo de Puebla que esto vió, *imitó á los demas,* pudiendo haber servido bien, si ántes de una hora se presenta en el campo. El invasor, apoderado del cerro dominante, usó de nuestros cañones, y á metrallazos aumentó la confusion de tal modo, que nuestra tropa solo atendió á salir del peligro por dos ve-

redas de nuestra derecha, que del cantil de la barranca conducian al rio. En tal estado de cosas, no me quedaba mas arbitrio que seguir con la parte presente de mi estado mayor las huellas de los que me abandonaban, ó caer prisionero, y me decidí por el primer extremo, en momentos de avanzar el enemigo sobre dichas veredas: tomé, pues, la mas prócsima, que por estrecha y pendiente transité con dificultad, y llegando al rio, emprendí la subida de otra igual, que me condujo á un planío despejado: aquí dispuse la reunion de los dispersos, que aun podian oír el toque de llamada y tropa, y ordené al Sr. general D. Pedro Ampudia *que marchara con ellos á la hacienda del Encero*, para donde me dirigí, considerando que la caballería haria alto en aquellas hermosas llanuras, y que con su apoyo se podian recoger la mayor parte de los infantes que vagaran por las cercanías; pero el Sr. general Canalizo continuó al parage de la Banderilla, cinco leguas adelante del Encero, y por tal circunstancia me ví en la necesidad de pernoctar en la hacienda de Tusamapa, y partir á la madrugada del siguiente dia para la ciudad de Orizava á encontrarme con el Sr. general D. Antonio Leon, que del Estado de Oajaca conducia una brigada para Cerro-Gordo. Las demas fuerzas que cubrian las posiciones avanzadas y atrincheradas de nuestro flanco derecho, á las órdenes de los Sres. generales Jarero y Pinzon, no quedándoles otro recurso, capitularon, consumándose así el triunfo del invasor, pero no sin sacrificio de considerable número de hombres, que comenzó á perder desde la víspera de su intentona contra el cerro del Telégrafo, segun espliqué en mi parte relativo, ni sin la conviccion de que no faltaban mexicanos dispuestos á disputarle el terreno (8).

Ya se ve por lo espuesto, que la garganta de Cerro-Gordo, importantísima en el camino de Veracruz á Jalapa, para detener ó derrotar al ejército invasor ni se despejó, ni se fortificó hábilmente, pudiendo hacerse con oportunidad, y ni cubierta fué por un cuerpo de observacion de regulares tropas, bajo cuya custodia podian haber estado á prevencion los materiales y provisiones necesarios; por consiguiente, que á las personas encargadas del poder supremo pertenece indudablemente responder al cargo del Sr. Gamboa respecto de semejante desidia, y no á mí que, apremiado de las circunstancias, bastante hice de propio motivo para salvar el honor de la nacion altamente comprometido por la discordia civil: del mismo modo corresponde á otros satisfacer por las faltas en que incurrieron en el campo de batalla, y no al que allí iba á ser víctima de ellas; pero si las causales manifestadas con sencillez y pureza, sabidas de tantos, no satisficieren, fácil es que sean ecsaminadas por los profesores del arte, no afectados del espíritu de partido y *no manchados en alguno de los acontecimientos* de la funesta guerra, cuyo fallo respetaré.

Podrá ser que la suspicacia de algunos los lleve al punto de argüirme con los partes que en ese tiempo dí al supremo gobierno, en que indicaba *el buen estado de nuestras posiciones, y que el enemigo se estrellaria en ellas*: en efecto, no falta razon para ese cargo, por haber querido yo con preferencia comprometer mi reputacion y mi ecsistencia, no obstante que conocia el peligro de perderlas, ántes que revelar al invasor el abandono y la indiferencia de los funcionarios, *que no habian hecho nada* para preparar convenientemente la defensa nacional. ¿Podia yo haber dicho entónces, que todo faltaba en Cerro-Gordo? Podia yo decir, que en la fortaleza de Perote